

A ORIZABA.

Rebujada en el velo de neblinas,
que prendes á tu sien con azahares,
en tu bosque de inquietos platanares
melancólica y bella te reclinas.

De tu río en las ondas cristalinas
hay besos y suspiros y cantares;
y es fama que se aduermen los pesares
con la voz de tus auras vespertinas.

Ayer te abandoné, y entristecido
soñé mil veces con tu ardiente cielo....
¡y hoy, por fin, te saludo conmovido!

¡Ah! soy feliz al contemplar tu cielo;
bajo él me aguarda de mi amor el nido...
¡Aves del alma, levantad el vuelo!

Ferrocarril Mexicano, 1886.



MARGARITA.

(Fragmento de una leyenda)

A la entrada de la sierra,
por el bosque cobijadas,
hay cien chozas agrupadas
y una iglesia parroquial.
Casi oculto en el follaje
duerme el pueblo recojido,
cual si fuera el blando nido
que fabrica la torcaz.

En el lago silencioso
donde el pueblo se retrata,
al llenar la luz de plata
la ancha esfera de zafir,
las acuáticas gallinas
se zambullen con anhelo,
y la garza alzando el vuelo,
finge estelas de marfil.

Nace el sol, y el horizonte
se sonroja, y á lo lejos,
en un golfo de reflejos
la neblina huye veloz.
En el campo, todo es vida;
todo es luz en la mañana,
y en el pueblo la campana
lanza al cielo su canción.

En la huerta de frutales,
y en el borde de su nido,
se requiebra conmovido
y alza el mirlo su cantar.
Pasa el viento; se extremece
del albérchigo la rama,
y el peral flores derrama
bajo el fresco duraznal.

De la siesta se aproxima
la hora lánguida y pesada,
y la brisa está callada,
y en los nidos no hay rumor;
solo turba aquel silencio
de la selva mustia y quieta,
el sonar de la trompeta
del perdido cazador.

Y después . . . en el instante
en que el sol va desmayando,
y la esquila está llorando,
y en el pueblo todo es paz;
llegan, lentos, á las chozas,
con las auras de la sierra,
el olor de húmeda tierra
y el gemir de la torcaz.

Poco á poco, de la tarde
el fulgor se desvanece;
el paisaje palidece
bajo un cielo sin color;
y á intervalos, de los bosques
llena el término lejano,
el zenzontle mexicano
con su trémula canción.

Y la noche viene fría . . . !
Las hogueras en el monte

brillan más, y el horizonte
en su templo de zafir
prende un velo de reflejos
¡ el espacio se abrillanta,
y la luna se levanta
hacia el pálido zenit!

Ese pueblo es el abrigo
de los rudos labradores,
que al volver de sus labores,
en él hayan pan y amor.
Ese pueblo es el que escucha
el llorar de la vihuela
que en la triste callejuela
templa alegre rondador.

Ese pueblo es el que tiene
á la Virgen por patrona;
el que puso una corona
en sus sienas de jazmín.
Es un huerto donde sueñan
muchas almas sus amores:
¡ es un tálamo de flores,
bajo el toldo de un jardín!

Y es el nido, el blando nido
donde vive sonriente,
con sus sueños de inocente,
con sus labios de coral,
Margarita: la muchacha,
que en el templo riega á solas,
desmayadas amapolas
y ramitos de rosal.

México, 1886.



CREPUSCULAR.

De la ciudad los últimos rumores.
 El espirante sol tras la enramada.
 Doblando las esquilas. . . . ¡Ay, lloremos,
 que la tarde enfermiza se desmaya!

El último rumor de los delirios.
 La moribunda luz de la esperanza
 ¡Lloremos sin cesar! ¡Están doblando!
 ¡Ha llegado el crepúsculo del alma!

México, 1886.



MORELOS.

Morelos, en mi cantar
 no voy á ensalzar tu historia,
 que para cantar tu gloria
 bastan los tumbos del mar.
 Si me acerco hasta tu altar,
 si elevo mi voz ufano,
 es porque sé, Soberano,
 que ante tu sombra de atleta,
 no es preciso ser poeta,
 sino ser americano.

Playas tibias y escabrosas
 donde el mar del Sur estalla,
 no opongais una muralla
 á sus ondas espumosas.
 Dejadlas; que tempestuosas
 extremezcan los manglares;
 dejad, libres, sus cantares,
 y que repitan:—¡MORELOS!—
 la tempestad en los cielos,
 y el huracán en los mares. . . !

Ese hombre no era un guerrero:
 era un león atrevido,
 que encerraba en su rugido
 la epopeya de un Homero.
 Era el celaje primero
 de la aurora de victoria;

era luz, para la historia;
amor, para sus hermanos;
odio, para los tiranos,
y para la patria, gloria!

Inmóvil, con faz serena,
en el campo del combate,
ni vacila, ni se abate
bajo el yugo de la pena.
El rumor de su cadena
le dá fuerzas: impaciente
la rompe, lucha valiente;
y donde pone la planta,
un nuevo sol se levanta,
y alza un esclavo la frente.

El lucha, para morir;
y muere para dar vida
á ese pueblo que intimida
al alma, con su gemir.
Sin esperanzas vivir
jamás ha sido su anhelo.
Se sacrifica, sin duelo,
en aras del patriotismo,
Y ¿qué le importa el abismo,
si al otro lado está el cielo..?

¡Y muere..! Cubren los cielos
el cadáver del valiente:
—¡MORELOS!—gime el torrente,
y gime el bosque:—¡MORELOS!—
Bendiciendo sus desvelos,
México alza su cantar;
levantó hosannas el mar,
y el águila victoriosa,
¡se agita sobre su losa
queriéndolo despertar!

Héroe de Cuautla, el laud
que á tí levanta este canto,
lo ha humedecido con llanto
mi hermana: la juventud.
El brillo de tu virtud
y tu valor, no se empaña.
Duerme en paz. Que en la montaña,
cante tus triunfos el viento....
Fué tu cadalso sangriento,
la tumba de Nueva España!

México, Septiembre 10 de 1886.



NOTAS.

No es fuerza que el pasado nos dé flores
para adornar la senda de la vida:
los fugaces recuerdos, son abejas....
¡se roban nuestra miel á su partida!

Bien se puede vivir sin esos duendes
que en el fondo del cráneo travesean:
duendes de alas de sombra que nos matan;
duendes de alas de luz que nos recrean.

Y aun es fuerza, tal vez; si nó, decidme:
¿qué fuera del amor y de sus galas,
si al besar unos labios, no tendiera
la decepción de ayer, sus negras alas?

¿Qué fuera de los plácidos ensueños,
si al estruendo del baile y la ventura,
cayera deshojada en nuestra frente,
la flor que engalanó una sepultura?

¿Qué fuera del dolor, si entre sus sombras
penetrara un reflejo de alegría..?
¡El dolor, para ser digno del hombre,
necesita estar solo en la agonía..!

Nosotros, los viajeros que avanzamos
pidiendo luz al horizonte obscuro.

los jóvenes, las almas soñadoras,
clavemos la pupila en el futuro!

En el fondo del alma aun hay semillas,
y aun vive el alma vigorosa y joven....
Los fugaces recuerdos, son abejas....
¡Escondamos la miel..! ¡no se la roben!

México, 1886.



AMISTAD.

(A. R.....)

Ignoraba el tesoro de consuelo
que la amistad de la mujer encierra

MANUEL M. FLORES.

Mis ilusiones, las palomas blancas
que al despertar la aurora enrojecida
extendieron sus alas temblorosas
para cubrir las rosas
que alfombraban los campos de mi vida,
esas . . . se fueron tristes; y á lo lejos
las ví desaparecer, con honda pena
en el mudo oceano
de lívidos reflejos
donde se hunde el crepúsculo. La calma
de aquel nido de luz embriagadora
que miré en mis delirios,
para siempre se fué. Vino el quebranto;
fué queja de dolor lo que era canto,
fué sombra colosal lo que era aurora;
la esperanza ocultaba su semblante,
y en medio de aquel cuadro palpitante,
la lámpara del alma
derramaba su luz agonizante.

Y después... ¿no te acuerdas...? ¡Ah! no importa
la noche de los duelos, porque en ella
sus pétalos de luz abre una estrella
que se llama *Amistad* . . . Vuelca su cáliz
y derrama una gota de rocío . . .
rocío luminoso,
que cae silencioso,
y avanza vacilando
y resbala y penetra palpitando,
hasta el cáliz del alma tembloroso.

Hay flores que no mueren nunca, nunca,
y hay recuerdos como ellas, inmortales;
ellas llenan de aromas el desierto,
y ellos ciñen con trémulas guirnaldas
la mustia sien del corazón ya muerto.

Por eso nunca olvido
tu acento cariñoso,
tu acento que aun resuena conmovido;
tu acento melancólico y suave
como la flauta con que canta el ave
cuando un rayo de sol besa su nido.

—“¿Quieres volar? te prestaré mis alas!”—
Me dijiste una vez. Volví gozoso
la anhelante pupila
al horizonte negro del futuro . . .
¡Qué espectáculo aquél!
Lento, grandioso,
bajo el párpado obscuro
de la noche tranquila,
su luz ya reflejaba
el sol de las venturas radioso;
en los bosques su lánguido plumaje
agitaban las aves impacientes;
los rápidos torrentes
tejían con su trémulo oleaje

los hilos de la luz; y allá en el monte,
 en la lira salvaje
 que finjen los bejucos de las selvas,
 la diosa de las dichas, reclinada
 en su lecho de agrestes madre selvas
 y con la trenza de ébano
 salpicada de flores
 y gotas de rocío,
 traducía en arpegios tembladores
 esa canción de aromas delicada
 que elevan á la luz de la alborada
 las azules campánulas del río!

¡Amistad!—dulce cuerda de una lira
 pulsada por los ángeles—se inspira
 el corazón con tus sublimes notas;
 por eso enardecido,
 elevo á tí mi canto,
 á tí, que me ofreciste
 la estrofa del consuelo,
 cuando mi alma se entregaba al duelo
 pálida y mustia y sollozante y triste!

La ruda tempestad—esa amazona
 de negra cabellera—
 huyó, por fin, de mi gigante cielo
 desgarrando en su rápida carrera
 su sangrienta bandera
 formada de relámpagos. Derruído
 quedó el árbol feraz de mis amores;
 mas brotaste, Amistad, ¡feliz retoño...!
 ¡La primavera se llevó mis flores;
 pero me dió sus frutos el otoño!

Mañana, cuando vuelva al alma mía
 la noche del dolor, tu dulce nombre

pronunciaré temblando de alegría,
 y tú vendrás, y encenderás el día,
 y con su luz se inundará mi cielo;
 reanimarás con cariñoso anhelo
 la lámpara del alma agonizante,
 y, llegando hasta mí feliz, inquieta,
 enjugarás con hojas de violeta
 la frente del rendido caminante.

México, 1887.



VENCIDO.

El traje de percal; en la cintura,
un cinto que asegura
del delantal los pliegues juguetones,
Los ojos de torcaz de aurora llenos;
palpitantes los senos:
¡magnolias en un cesto de listones!

En la sombría trenza entrelazada
una rosa encarnada,
símbolo de sus sueños tropicales;
y en el labio sensual, de amor sediento,
ese color sangriento
que ostentan á la luz los cardenales.

¿Y en el alma...? Lo bello, lo sublime;
el amor al que gime;
el perdón celestial á los agravios;
la caridad de embriagador aroma....
¡su alma era una paloma
que picoteó de la virtud los labios!

Y yo la ví, la ví; yo que he soñado
un hogar inundado,
de caricias, de besos, de alegría;
yo que tengo en el alma tantas flores;
yo que amo los fulgores
conque el sol del placer enciende el día!

Y yo la ví, la ví ¡ay! y vencido,
nervioso, conmovido,
presintiendo el afan con que ahora lucho,
bajé la frente, medité un momento,
y con sublime acento,
le dije al corazón:—“¡quíerela mucho!”—

México, 1887.



GARDENIAS.

(A mi querido maestro el Sr. Lic. Ignacio M. Altamirano).

I

Se desmaya, se embelesa,
y arrulla más la paloma,
cuando la envuelve en su aroma
la gardenia cordobesa.

Porque esa flor virginal,
entré naranjos nacida,
es una estrella caída
sobre el suelo tropical.

Es urna de porcelana
llena de pólen y esencia;
es pura, cual la inocencia;
como un ensueño, galana.

Es símbolo de un amor,
que solo crece y palpita
en esos campos que habita
el radiante pica-flor.

En Córdoba, en el hogar
de las muchachas hermosas;
en la tierra de las rosas,
del mamey y el platanar.

En ese fecundo suelo
donde alzan trinos süaves
los amores—¡esas aves
que saben llegar al cielo!—

!Ah! con razón la paloma
se desmaya, se embelesa....
¡La gardenia cordobesa
le habla de amor con su aroma!

II

Cuando despliega su velo
la sonrosada mañana,
y la selva se engalana
con la púrpura del cielo;

la cordobesa al pasar,
junta manojos de flores,
y, pensando en sus amores
va á internarse en el solar.

Y allí, bajo el rojo alero
del tejado, reclinada,
donde vierte una cascada
de aromas el limonero;

roba alegre á sus macetas
una gardenia de mayo,
¡y la entreabre con el rayo
de sus pupilas inquietas!

La contempla, se emociona,
sueña un mundo de ventura,
y en seguida, se apresura
á tejer una corona.

Y de su afán al exceso,
al ir sus flores juntando,
va en la gardenia dejando
por cada pétalo un beso....

Se desmaya, se embelesa,
lo mismo que la paloma....
¡Le habla de amor con su aroma
la gardenia cordobesa!

III

Llena de dulces sonrojos
ví una vírgen soñadora,
que al nacer robó á la aurora
un rayo para sus ojos.

Un día de primavera,
cruzó á mi lado indecisa,
abandonando á la brisa
su flotante cabellera.

Con su falda de percal
pasó perfumando el viento,
y al pasar oí su acento....
¡era un arpa celestial!

¿Le dí amor...? ¡jamás lo olvido!
¿Y ella me amó...? ¡Dios lo sabe!
¡Mi corazón era un ave
y en ella encontró su nido!

Seguí sus huellas.... pasó....
—Una gardenia adornaba
sus cabellos—se alejaba....
y en el huerto se perdió..!

Yo después me adormecí;
la ví flotando en mis sueños,
y entre sus labios risueños
la blanca gardenia ví.

Y pensé que mi existencia,
al despertar, se acababa;
y es que la alondra cantaba
las canciones de la ausencia..!

De aquel suelo virginal
me arrebató el oleaje;
mas yo dentro el alma traje
una gardenia inmortal.

Que al huir el sueño mío,
dejó su huella en la bruma,
como abandona una pluma
la esbelta garza en el río.

Por eso cuando el quebranto
me dice:—“¡Murió tu amor!”—
me aduerto, sueño esa flor....
¡y dejo en ella mi llanto!

IV

¡Ah! con razón la paloma
se desmaya, se embelesa....
¡La gardenia cordobesa
habla de amor con su aroma!

La gardenia al corazón
adusto, torna risueño:
la gardenia es un ensueño....
¡la imagen de una ilusión!

México, Marzo 24 de 1887.

DE UN POEMA.

Sé el secreto que amarga tu existencia;
sí, lo sé, que en aquella noche fría
me lo dejó entrever tu inexperiencia,
en la primer y triste confidencia
que le pedí á tu amor, pobre María.

Lo sé, pero ese mundo de dolores
jamás revelaré; todos lo ignoran;
que en mi senda sin fuentes y sin flores,
soy uno de esos hombres soñadores
que saben respetar á los que lloran.

¡Qué problema tan lúgubre es tu historia!
¿Fuiste culpable ó nó..? ¡Suerte inclemente..!
¡luchar sin la esperanza de la gloria;
vencer, sabiendo bien que la victoria
no ha de atar un laurel en nuestra frente!

En la hora del triste desengaño
clamaste á Dios: tu fé te prestó aliento....
Y pasó el tiempo... un año... y otro año....
y sólo oíste, con dolor extraño,
caer las hojas y llorar el viento.

Y ya desesperada, enloquecida,
al sentir que la fé te abandonaba,
y al exclamar:—¡hasta mi Dios me olvida!—
volviste el rostro y viste estremecida,
á la flaca miseria que te espiaba!

El vicio entonces te halagó el oído,
tendiste á él los brazos suplicantes,
y el vicio—Mefistófeles rendido—
depositó en tu armario envejecido
una joya cuajada de diamantes.

¡Todo cambió! La lumbre de un celaje
te anunció que del alba era la hora;
y envolviendo tu cuerpo en rico traje,
de tu alcoba entreabriste el cortinaje
para esperar los besos de la aurora.

¡Llegaron yá..! Y qué ¿ya eres dichosa?
¿El secreto que amarga tu existencia
huyó de tu memoria tenebrosa..?
¿No son amargas, pobre mariposa,
las flores que cultiva la experiencia?

¿A donde vas..? Cuando al concluir tu senda,
y al llegar á los campos del olvido,
valla la muerte á destrozar tu tienda,
entonces ¿hallarás quien te comprenda?
¿quien te mande un ¡adios! en un gemido..?

Sí, yo te buscaré! Nos miraremos
al borde de tu lecho de agonía,
y tu triste recuerdo evocaremos....
Será la última frase que cambiemos,
en voz baja, tú y yó, pobre María!

México, 1887.

